

Los Cazaventura y el secreto de Yucatán

Helen Velando

loqueleg

En un pueblo perdido de la lejana Guatemala, cuando ya caían los últimos rayos del sol, Benjamín Cazaventura observaba una extraña piedra. Sus ojos no perdían detalle de los dibujos tallados con asombrosa maestría. En la pequeña estela, el artista había grabado letras del alfabeto maya, complejos símbolos, algunos de los cuales tenían cabezas de animales y otros, formas humanas. Los rojos, amarillos y anaranjados con que estaban pintados los glifos, o petroglifos, porque en este caso estaban tallados sobre una piedra, parecían haber sido realizados por un experto que había respetado incluso los colores originales de los antiguos grabados mayas.

El objeto pétreo había llegado a sus manos casi una semana atrás, en el populoso mercado de la ciudad de Chichicastenango. Benjamín deambulaba por las callejas atestadas de vendedores de artesanías, de comida, de frutas diversas y de telares e hilos de increíbles colores, cuando un hombre se le acercó. Tenía los rasgos típicos de un guatemalteco y a su lado había desplegada una manta con toda clase de artículos: relojes, lentes de sol, chales coloridos y, como perdido, un trozo de piedra casi triangular. Al tío le llamó inmediatamente la atención, por eso preguntó qué era.





—Es una estela maya.

El tío reconoció los dibujos del alfabeto precolombino y quiso saber más detalles.

—La encontré en el camino a las ruinas de Tikal —se apresuró a decir el hombre—. Es muy antigua, señor. La vendo barata.

El tío pensó que se trataba de una muy buena imitación y, después de regatear, como es la costumbre local, se la llevó. Sin duda a su sobrina Isabel le iba a encantar aquel regalo.

10

Solo una semana después había vuelto a mirarla. Sentado junto a la ventana por donde asomaba un frondoso árbol de mango, Benjamín examinaba la piedra y tomaba de su maletín una pinza. Llevaba puestos unos lentes que él mismo había diseñado y que tenían sobre una de las patillas una prolongación de metal con una lupa. La acercó más al objeto y ajustó el haz de luz de la lámpara que estaba sobre la mesa. Tomó una delgada muestra de pintura del glifo y, con una delicadeza increíble, la elevó y la dejó caer suavemente dentro del líquido que aguardaba en el tubo de ensayo. Esperó unos segundos que se le hicieron largos y cuando el líquido tomó un tinte azulado exclamó:

—¡Asombroso!

Sus sospechas parecían confirmarse: al parecer no se trataba de una imitación. Lo detallado de los trazos y, además, la certeza de que la pintura estaba hecha con pigmentos naturales lo hacían sentir cada vez más seguro de estar frente a una verdadera reliquia y le indicaban que la estela podría tener una antigüedad legítima. Sin embargo, debía buscar a alguien que

conociera mejor el tema, y que pudiera compartir y aclarar sus dudas.

El tío dejó sus lentes con lupa sobre la mesa, envolvió la piedra en una tela rayada y la guardó dentro de su maletín. Y mientras el ventilador de techo daba vueltas como una calesita salió a toda prisa hacia el centro del pueblo de Todos Santos Cuchumatán.

Las calles de tierra convergían en una plaza blanca, con árboles y palmeras abrazadas por enredaderas; a lo lejos, la gran sierra de los Cuchumatanes empezaba a tomar un tinte azulado. Cruzando la explanada estaba la única caseta telefónica para hacer llamadas internacionales. Benjamín llegó presuroso y se dirigió al empleado. La operadora de larga distancia le pidió que esperara y al cabo de unos minutos oyó claramente la voz de su sobrina, la doctora Isabel Fuentes.

—Isa, soy yo. ¿Te desperté? En Uruguay debe ser medianoche... Ocurrió un imprevisto, encontré algo que creo que te va a interesar... —El bigote del tío se movía de un lado a otro mientras hablaba—. Me gustaría que vinieras; creo que podría tratarse de un gran descubrimiento.

Cuando colgó el tubo se sintió más tranquilo; ahora solo restaba esperar. Se dijo que era muy afortunado por haberse topado con aquella piedra y casi por un momento se volvió a sentir plenamente feliz. Aspiró el aire de la noche que ya había caído sobre Todos Santos Cuchumatán y un soplo de frescura recorrió la plaza agitando los árboles.

Las estrellas empezaban a encenderse en el cielo mientras Benjamín recorría las calles que lo separaban del hotel.